

MENSAJE DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CG28

¡Queridos hermanos!

Os saludo con afecto y doy gracias a Dios por poder, aunque sea desde la distancia, compartir con vosotros un momento del camino que estáis recorriendo.

Es significativo que, después de algunos decenios, la Providencia los haya traído a celebrar el Capítulo General a Valdocco –el lugar de la memoria– donde el sueño fundador se concretizó y dio sus primeros pasos. Estoy seguro de que el ruido y el bullicio de los oratorios será la mejor música, la más eficaz para que el Espíritu reavive el don carismático de vuestro fundador. No cerréis las ventanas ante este rumor de fondo... Dejad que os acompañe y os mantenga inquietos e intrépidos en el discernimiento; y permitid, a su vez, que estas voces y estos cantos evoquen en vosotros los rostros de tantos otros jóvenes que, por múltiples razones, se encuentran como ovejas sin pastor (cf. *Mc* 6,34). Este bullicio y esta inquietud os

mantendrá atentos y despiertos ante cualquier tipo de anestesia autoimpuesta y os ayudará a permanecer en una fidelidad creativa a vuestra identidad salesiana.

Reavivar el don que habéis recibido

Pensar en el modelo de Salesiano para los jóvenes de hoy implica aceptar que estamos inmersos en un momento de cambios, con todo lo que genera de incertidumbre. Nadie puede decir con seguridad y exactitud (si es que alguna vez se pudo hacer) qué sucederá en el futuro próximo a nivel social, económico, educativo y cultural. La inconsistencia y la «fluidez» de los acontecimientos, pero, sobre todo, la rapidez con las que se suceden y se comunican las cosas, hace que todo tipo de previsión se convierta en una lectura «condenada» a ser reformulada lo antes posible (cf. *Veritatis gaudium*, 3-4). Tal perspectiva se acentúa, todavía más, por el hecho de que vuestras obras están orientadas, de modo particular, al mundo juvenil que, en sí mismo, es un mundo en movimiento y en continua transformación. Esto nos pide una doble docilidad: docilidad a los jóvenes, y a sus exigencias, y docilidad al Espíritu, y a todo lo que Él quiera transformar.

Asumir responsablemente esta situación –tanto a nivel personal como comunitario– supone salir de una retórica que nos haga decir continuamente «todo está cambiando» y que, a fuerza de repetirlo y repetirlo, termina por instalarnos en una inercia pa-

ralizante que priva a vuestra misión de la *parresía* propia de los discípulos del Señor. Tal inercia, también puede manifestarse en una mirada y una actitud pesimistas ante todo lo que nos rodea y, no solo, respecto a las transformaciones que se operan en la sociedad, sino también en relación con la propia Congregación, con los hermanos y con la vida de la Iglesia. Esta actitud que termina por «boicotear» e impedir cualquier respuesta o proceso alternativo, o por hacer surgir la posición opuesta: un optimismo ciego, capaz de licuar la fuerza y la novedad evangélica impidiendo asumir, concretamente, la complejidad que las situaciones reclaman y la profecía que el Señor nos invita a desarrollar. Ni el pesimismo ni el optimismo son dones del Espíritu, porque ambos surgen de una visión autorreferencial capaz, solo, de medirse con las propias fuerzas, capacidades o destrezas, impidiendo mirar lo que el Señor actúa y quiere realizar entre nosotros (cf. *Christus vivit*, 35). Ni adaptarse a la cultura de moda, ni refugiarse en un pasado heroico, pero ya desencarnado. En tiempos de cambios, es bueno atenerse a las palabras de san Pablo a Timoteo: «Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti... pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza» (2 *Tim* 1,6-7).

Estas palabras nos invitan a *cultivar una actitud contemplativa*, capaz para identificar y discernir los puntos neurálgicos. Esto ayudará a adentrarse en el

camino con el espíritu y el aporte propio de los hijos de Don Bosco y, como él, desarrollar una «valiente revolución cultural» (*Laudato si'*, 114). Tal actitud contemplativa os permitirá superar e ir más lejos de vuestras propias expectativas y de vuestros planes. Somos hombres y mujeres de fe, lo que supone ser apasionados por Jesucristo; y sabemos que, tanto nuestro presente como nuestro futuro, están impregnados de esa fuerza apostólico-carismática llamada a continuar permeando la vida de tantos jóvenes abandonados y en peligro, pobres y necesitados, excluidos y descartados, privados de derechos, de casa... Estos jóvenes esperan una mirada de esperanza capaz de contradecir todo tipo de fatalismo o determinismo. Esperan cruzarse con la mirada de Jesús que les dice que «en todas las situaciones oscuras y dolorosas [...] hay salida» (*Christus vivit*, 104). Allí reside nuestra alegría.

Ni pesimista ni optimista, el Salesiano del siglo XXI es un hombre lleno de esperanza porque sabe que su centro está en el Señor, capaz de hacer nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21,5). Solo eso nos salvará de vivir en una actitud de resignación y supervivencia defensiva. Solo eso hará fecunda nuestra vida (cf. *Homilía*, 2 de febrero de 2017), porque posibilitará que el don recibido continúe siendo experimentado y expresado como una buena noticia para y con los jóvenes de hoy. Esta actitud de esperanza es capaz de instaurar e inaugurar procesos educativos alternativos a la cultura imperante que, en no

pocas situaciones –ya sea por indigencia y pobreza extrema ya sea por abundancia, en algunos casos, incluso extrema– terminan por asfixiar y matar los sueños de nuestros jóvenes condenándolos a un conformismo ensordecedor, rastrero, y, no pocas veces, narcotizado. Ni triunfalistas ni alarmistas, hombres y mujeres alegres y esperanzados, no automatizados sino artesanos; hombres y mujeres capaces de «mostrar otros sueños que este mundo no ofrece, a testimoniar la belleza de la generosidad, del servicio, de la pureza, de la fortaleza, del perdón, de la fidelidad a la propia vocación, de la oración, de la lucha por la justicia y el bien común, del amor a los pobres, de la amistad social» (*Christus vivit*, 36).

La «opción Valdocco» de vuestro 28º Capítulo General es una buena ocasión para confrontarse con las fuentes y pedirle al Señor: «*Da mihi animas, cetera tolle*»¹. *Tolle*, sobre todo, lo que durante el camino se fue incorporando y perpetuando y que, si bien en otro tiempo pudo ser una respuesta adecuada, hoy os impide configurar y plasmar la presencia salesiana de manera evangélicamente significativa

¹ Lema grabado a fuego en los primeros misioneros. Recuerdo la carta de don Santiago Costamagna a Don Bosco donde, después de contarle las dificultades del viaje y los distintos fracasos que tuvieron que enfrentar, termina diciendo: «Pedimos, unánimemente, una sola cosa: poder ir pronto a la Patagonia para salvar innumerables almas». La conciencia, de saberse enviados a buscar almas a las periferias y de permanecer sorteando todo aparente fracaso, es una nota de identidad desde donde confrontar y medir el carisma: «*Da mihi animas, cetera tolle*».

en las distintas situaciones de la misión. Esto reclama, de nuestra parte, superar los miedos y aprensiones que pueden surgir por haber creído que el carisma se reducía o identificaba con determinadas obras o estructuras. Vivir con fidelidad el carisma es algo más rico y desafiante que el simple abandono, repliegue o reajuste de las casas o de las actividades; supone un *cambio de mentalidad* frente a la misión a realizar².

La «opción Valdocco» y el don de los jóvenes

El Oratorio salesiano, y todo lo que surgió a partir de él, como cuenta *la Biografía del Oratorio*, nació como respuesta a la vida de jóvenes con un rostro y una historia, que movilizaron a aquel joven sacerdote, que no podía permanecer neutral o inmóvil ante lo que acontecía. Fue mucho más que un gesto de buena voluntad o de bondad e, inclusive, mucho más que el fruto de un proyecto de estudio sobre «viabilidad numérico-carismática». Lo pienso como un acto de conversión permanente y de respuesta al Señor que, «cansado de llamar» a nuestras puertas, espera que lo vayamos a buscar y encontrar... O que le dejemos salir, cuando llama desde dentro. Conversión que implicó (y complicó) toda su vida y la

² Recordemos la advertencia del Señor: «Anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición» (Mc 7, 9).

de todos los que estaban a su alrededor. Don Bosco no solo no elige separarse del mundo para buscar la santidad, sino que se deja interpelar y elige *cómo* y *qué* mundo habitar.

Eligiendo y acogiendo el mundo de niños y jóvenes abandonados, sin trabajo ni formación, les permitió experimentar, de manera tangible, la paternidad de Dios y les proporcionó herramientas para contar su vida y su historia a la luz de un amor incondicional. Ellos, a su vez, ayudaron a la Iglesia a re-encontrarse con su misión: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular» (*Sal* 118,22). Lejos de ser agentes pasivos o espectadores de la obra misionera, se convirtieron, desde su propia condición –en muchos casos «iletrados religiosos» y «analfabetos sociales»– en los principales protagonistas de todo el proceso de fundación³. La salesianidad nace, precisamente, de ese

³ Gracias a la ayuda del sabio Cafasso, Don Bosco descubrió quién era a los ojos de los jóvenes detenidos; y aquellos jóvenes detenidos descubrieron un rostro nuevo en la mirada de Don Bosco. Así juntos descubrieron el sueño de Dios, que necesita de estos encuentros para poder manifestarse. Don Bosco no descubrió su misión frente a un espejo, sino ante el dolor de ver jóvenes que no tenían futuro. El Salesiano del siglo XXI no descubrirá su identidad si no es capaz de padecer con «la cantidad de muchachos, sanos y robustos, de ingenio despierto que estaban en la cárcel atormentados y faltos en absoluto de alimento espiritual y material... en ellos estaba significado el oprobio de la patria, el deshonor de la familia» (Cf. J. Bosco, *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales*, en ISS, *Fuentes Salesianas. Don Bosco y su obra*, Editorial CCS, Madrid 2015, 1113-1114); y podríamos agregar de nuestra propia Iglesia.

encuentro capaz de suscitar profecías y visiones: acoger, integrar y hacer crecer las mejores cualidades como don para los demás, principalmente de los marginados y abandonados de los que nada se espera. Lo dijo Pablo VI: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio» (*Evangelii Nuntiandi*, 15). Todo carisma necesita ser renovado y evangelizado y, en vuestro caso, sobre todo, por los jóvenes más pobres.

Los interlocutores de Don Bosco ayer y del Salesiano hoy no son meros receptores de una estrategia diseñada de antemano, sino protagonistas vivos del oratorio a realizar⁴. Por medio de ellos y con ellos el Señor nos muestra su voluntad y sus sueños⁵. Podríamos llamarlos co-fundadores de vuestras casas donde el Salesiano será experto en convocar y generar este tipo de dinámicas sin sentirse dueño de estas. Una unión que nos recuerda que somos «Iglesia en salida» y nos moviliza para esto:

⁴ Hoy vemos cómo, en muchas regiones, los jóvenes son los primeros en levantarse, organizarse e impulsar causas justas. Vuestras casas salesianas, lejos de impedir este despertar, están llamadas a ser espacios que estimulen esta conciencia cristiana y ciudadana. Recordemos el título del aguinaldo del Rector Mayor de este año: «Buenos cristianos y honrados ciudadanos».

⁵ Os invito a tener siempre presentes a todos los que no participan de estas instancias, pero que no podemos ignorar si no queremos volvernos un grupo cerrado.

Iglesia capaz de abandonar posiciones cómodas, seguras y, en algunas ocasiones, privilegiada, para encontrar en los últimos la fecundidad típica del Reino de Dios. No se trata de una opción estratégica sino carismática. Una fecundidad sostenida en base a la cruz de Cristo, que es siempre injusticia escandalosa para quienes bloquearon la sensibilidad ante el sufrimiento o pactaron con la injusticia contra el inocente. «No seamos una Iglesia que no llora frente al drama de sus hijos jóvenes. Nunca nos acostumbremos, porque quien no sabe llorar no es madre. Nosotros queremos llorar para que la sociedad también sea más madre» (*Christus vivit*, 75).

La «opción Valdocco» y el carisma de la presencia

Es importante sostener que no se nos forma *para la* misión, sino que se nos forma *en la* misión; a partir de ella gira toda nuestra vida, con sus opciones y sus prioridades. La formación inicial y la permanente no pueden ser una instancia previa, paralela o separada de la identidad y de la sensibilidad del discípulo. La misión *inter gentes* es nuestra mejor escuela: desde ella rezamos, reflexionamos, estudiamos, descansamos. Cuando nos aislamos o alejamos del pueblo que estamos llamados a servir, nuestra identidad como consagrados comienza a desfigurarse y a convertirse en una caricatura.

En este sentido, uno de los obstáculos que podemos detectar no tiene mucho que ver con cualquier situación fuera de nuestras comunidades, sino que, más bien, es lo que nos afecta directamente por una experiencia distorsionada del ministerio... y que nos hace mucho daño: el clericalismo. Es la búsqueda personal de querer ocupar, concentrar y determinar los espacios, minimizando y ninguneando la unción del Pueblo de Dios. El clericalismo, viviendo la llamada de modo elitista, confunde la elección con el privilegio, el servicio con el servilismo, la unidad con la uniformidad, la discrepancia con la oposición, la formación con el adoctrinamiento. El clericalismo es una perversión que favorece vínculos funcionales, paternalistas, posesivos e, incluso, manipuladores con el resto de las vocaciones en la Iglesia.

Otro obstáculo que encontramos –especialmente difundido, y hasta justificado, en este tiempo de precariedad y fragilidad– es la tendencia al rigorismo; confundiendo autoridad con autoritarismo pretende gobernar y controlar los procesos humanos con una actitud escrupulosa, severa y hasta mezquina frente a los límites y debilidades propias o ajenas (sobre todo ajenas). El rigorista olvida que trigo y cizaña crecen juntos (cf. *Mt* 13, 24-30) y «que no todos pueden todo, y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia. En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas» (*Gaudete et*

Exsultate, 49). Santo Tomás de Aquino con gran fineza y sutileza espiritual nos recuerda que «el diablo engaña a muchos. Algunos, atrayéndolos a cometer pecados, a otros, con una rigidez excesiva hacia el que peca, de modo que, si no pueden tenerlos con un comportamiento vicioso, lleva a la perdición de los que ya tienen, usando el rigor de los prelados, quienes, sin corregirlos con misericordia, los llevan a la desesperación, y así es como se pierden y caen en la red del diablo. Y esto nos sucede si no perdonamos a los pecadores»⁶.

Quienes acompañan a otros a crecer tienen que ser personas de horizontes grandes, capaces de poner juntos límites y esperanza, ayudando así a mirar siempre en perspectiva, en una perspectiva salvífica. Un educador «que no teme poner límites y, al mismo tiempo, se abandona a la dinámica de la esperanza expresada en su confianza en la acción del Señor de los procesos, es la imagen de un hombre fuerte, que conduce algo que no le es propio, sino de su Señor»⁷. No nos es lícito sofocar e impedir la fuerza y la gracia de lo posible, cuya realización esconde siempre una semilla de Vida nueva y buena. Aprendamos a trabajar y a confiar en los tiempos de Dios, que son siempre más grandes y sabios que

⁶ *Super II Cor.*, cap. 2, lect. 2 (in fine). El pasaje comentado por Santo Tomás es 2 Cor 2, 6-7 donde, sobre los que lo entristecieron, escribe san Pablo: «De modo que más vale que lo perdonéis y animéis, no sea que se hunda en una tristeza excesiva».

⁷ J. M. Bergoglio, *Meditaciones para religiosos*, 105.

nuestras medidas miopes. Él no busca destruir a nadie, sino salvar a todos.

Urge encontrar, por tanto, un estilo de formación capaz de asumir de manera estructural que la evangelización implica la participación plena, y con plena ciudadanía, de cada bautizado (con todas sus potencialidades y sus límites) –y no solo de los así llamados «actores cualificados» (cf. *Evangelii Gaudium*, 120); una participación donde el servicio, y el servicio al más pobre, sea el eje articulador que ayude a transparentar y testimoniar mejor a nuestro Señor «que no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (*Mt* 20, 28). Os animo a continuar esforzándoos por hacer de vuestras casas un «laboratorio eclesial» capaz de reconocer, apreciar, estimular y alentar las distintas llamadas y misiones en la Iglesia⁸.

En este sentido pienso, concretamente, en dos presencias de vuestra comunidad salesiana que pueden ayudar como elementos desde donde confrontar el lugar que ocupan las diversas vocaciones entre vosotros; dos presencias que constituyen un «antídoto» ante toda tendencia clericalista y rigorista: el Hermano Coadjutor y las mujeres.

Los Hermanos Coadjutores son expresión viva de la gratuidad que el carisma nos invita a custodiar.

⁸ Una vocación eclesial antes que ser un acto diferenciador o de complementariedad es una invitación a ofrecer un don particular en función del crecimiento de los demás.

Vuestra consagración es, ante todo, signo de un amor gratuito del Señor y al Señor en sus jóvenes, que no se define principalmente por un ministerio, una función o servicio particular, sino por una presencia. Antes, incluso que, de cosas a hacer, el Salesiano es recuerdo vivo de una presencia donde la disponibilidad, la escucha, la alegría y la dedicación son las notas esenciales para suscitar procesos. La gratuidad de la presencia salva a la Congregación de toda obsesión activista y de todo reduccionismo técnico-funcional. La primera llamada es la de ser una presencia gozosa y gratuita en medio de los jóvenes.

¿Qué sería de Valdocco sin la presencia de Mamá Margarita? ¿Hubiesen sido posible vuestras casas sin esta mujer de fe? En algunas regiones y lugares «hay comunidades que se han sostenido y han transmitido la fe durante mucho tiempo sin que algún sacerdote pasara por allí, aun durante décadas. Esto ocurrió gracias a la presencia de mujeres fuertes y generosas: mujeres que han bautizado, catequizado, enseñado a rezar, han sido misioneras, ciertamente llamadas e impulsadas por el Espíritu Santo. Durante siglos las mujeres mantuvieron a la Iglesia en pie en esos lugares con admirable entrega y ardiente fe» (*Querida Amazonia*, 99). Sin una presencia real, efectiva y afectiva de las mujeres, vuestras obras carecerían del coraje y la valentía capaz de declinar la presencia como hospitalidad, como casa. Frente el rigor excluyente es necesario aprender a gestar la

vida nueva del Evangelio. Os invito a llevar adelante dinámicas donde la voz de la mujer, su mirada y su acción –apreciada en su singularidad– encuentren eco en la toma de decisiones; como un actor no auxiliar sino constitutivo de vuestras presencias.

La «opción Valdocco» en la pluralidad de lenguas

Como en otros tiempos, el mito de Babel busca imponerse en nombre de la globalidad. Sistemas enteros crean una red de comunicación global y digital capaz de interconectar los distintos rincones del planeta, con el grave peligro de uniformar monóticamente las culturas, privándolas de sus notas esenciales y de sus recursos. La presencia universal de vuestra Familia Salesiana es un estímulo y una invitación para custodiar y para preservar la riqueza de muchas de las culturas en donde estáis inmersos sin buscar «homologarlas». Por otra parte, esforzaos para que el cristianismo sea capaz de asumir la lengua y la cultura de las personas del lugar. Es triste ver cómo, en muchas partes, todavía se experimenta la presencia cristiana como una presencia extranjera (principalmente europea); situación que se constata inclusive en los itinerarios formativos y estilos de vida (cf. *Querida Amazonia*, 90)⁹. Al con-

⁹ «Como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, ‘permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la

trario, actuaremos como nos inspira esta anécdota que Don Bosco, a la pregunta en qué lengua le gustaba hablar, respondió: «la que me enseñó mi madre, es en la que más fácil puedo comunicarme». Siguiendo esta certeza, el Salesiano está invitado a hablar en la lengua materna de cada una de las culturas donde se encuentra. La unidad y comunión de vuestra Familia es capaz de asumir y aceptar todas estas diferencias capaces de enriquecer todo el cuerpo en una sinergia, de comunicación e interacción, donde cada uno pueda aportar lo mejor de sí para el bien de todo el cuerpo. Así la salesianidad, lejos de perderse en la uniformidad de tonalidades, adquirirá una manifestación más bella y atractiva... sabrá expresarse «en dialecto» (cf. *2 Mac* 7, 26-27).

Al mismo tiempo, la irrupción de la realidad virtual, como lenguaje dominante en muchos países en los que desarrolláis vuestra misión, exige, en primer lugar, reconocer todas las posibilidades y las cosas buenas que produce, sin subestimar o ignorar la incidencia que posee en la generación de vínculos, principalmente en el plano afectivo. De esto, tampoco estamos inmunes nosotros, adultos consagrados. La tan difundida (y necesaria) «pastoral de la pantalla» nos pide habitar la red de manera inteli-

tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado» (*Evangelii Gaudium*, 116).

gente reconociéndola como un espacio de misión¹⁰, que reclama, a su vez, poner todas las mediaciones necesarias para no quedar prisioneros de su circularidad y de su lógica particular (y dicotómica). Esta trampa –incluso en nombre de la misión– nos puede encerrar en nosotros mismos y aislarnos en una virtualidad cómoda, superflua y poco o nada comprometida con la vida de los jóvenes, de los hermanos de comunidad y con las obligaciones apostólicas. La red no es neutra y el poder que posee para crear cultura es muy alto. Bajo el *avatar* de la cercanía virtual, podemos terminar ciegos o distantes de la vida concreta de las personas, achatando y empobreciendo el vigor misionero. El repliegue individualista, tan difuso y promulgado socialmente en esta cultura ampliamente digitalizada, requiere una atención especial, no solo sobre nuestros modelos pedagógicos sino, también, sobre el uso personal y comunitario del tiempo, de nuestras actividades y de nuestros recursos.

La «opción Valdocco» y la capacidad de soñar

Uno de los «géneros literarios» de Don Bosco eran los sueños. Con ellos, el Señor se abrió camino en

¹⁰ Hoy, en efecto, «se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros, y con el espacio, y que suscite valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos» (*Evangelii Gaudium*, 74).

su vida y en la vida de toda vuestra Congregación ampliando la imaginación de lo posible. Los sueños, lejos de mantenerlo dormido, le ayudaron, al igual que a san José, a asumir otro espesor y medida de la vida, los que nacen de las entrañas de la compasión de Dios. Era posible vivir concretamente el Evangelio... Lo soñó y le dio forma en el Oratorio.

Quiero ofreceros estas palabras como las «buenas noches» en toda buena casa salesiana al final del día, invitándoos a soñar y a soñar a lo grande. Sabed que el resto se os dará por añadidura. Soñad casas abiertas, fecundas y evangelizadoras, capaces de permitirle al Señor mostrar a tantos jóvenes su amor incondicional y que os permita gozar de la belleza a la que habéis sido llamados. Soñad... y no solo por vosotros y por el bien de la Congregación, sino por todos los jóvenes privados de la fuerza, de la luz y del consuelo de la amistad con Jesucristo, privados de una comunidad de fe que los sostenga, de un horizonte de sentido y de vida (cf. *Evangelii Gaudium*, 49). ¡Soñad... y haced soñar!

Roma, San Juan de Letrán, 4 de marzo de 2020